

Volvemos a caer en el t3pico de la inversi3n: su anormalidad en los que la sienten verdaderamente no es tal. Es una normalidad al rev3s, simplemente. Por otra parte, el inter3s psicol3gico de este relato lo compensa de ciertos rasgos mon3tonos y de un halo rom3ntico a lo d'Halmar que satura algunas p3ginas. Lo dem3s muy normal. Lamentablemente normal, en ocasiones (1).—*Ricardo A. Latcham.*

POESIA

CANCIONES, por *Federico Garc3a Lorca*

Cuando tras largo e involuntario alejamiento de mi amistad con los libros nuevos me toc3 hace ya m3s de un a3o tomar otra vez contacto con mis antiguas dilecciones leyendo el *Romancero Gitano* de Garc3a Lorca y escribiendo sobre 3l, consider3 sobradamente compensados los d3as 3ridos, 3speros y oscuros en que, como en una emboscada, mi vida hab3a ca3do. Se me perdonar3 esta peque3a expansi3n personal. Pero ese libro breve y armonioso verti3 una clara luz serena en mi abismo y yo, sin decirlo, d3 con todas las fuerzas de mi intimidad agradecida y conmovida un apret3n de manos al poeta

(1) La particularidad m3s curiosa de este libro y que da una idea de lo despreocupado de nuestra 3poca es que se edit3 en la imprenta m3s cat3lica de Santiago, cuyos talleres se hallan consagrados al Coraz3n de Jes3s.

que inesperadamente me revelaba un mundo in3dito cuando ya toda esperanza parec3 naufragar en un oc3ano de gesticulaciones fren3ticas y desmesuradas.

Innovadores con m3s buena voluntad que est3ticos dones se hab3an puesto a jugar a la revoluci3n literaria. Y rec3procamente se descubr3an y se proclamaban genios con una convicci3n enternecedora. La cr3tica, en sus manos, pas3 a ser ejercicio de modisto que cortaba figurines literarios sin otro criterio que el *demier cri*. Lo importante era asombrar al est3pido burgu3s de c3moda digesti3n, armar un peque3o esc3ndalo, lanzar dos o tres frases pirot3cnicas y amanecer canonizado en el almanaque parroquial de la secta.

Y he aqu3 que de repente aparec3 este hombre sencillo hablando un lenguaje po3tico que, aunque acu3ado en oro antiguo, tra3a una m3sica nueva. El romance, la gran forma expresiva de ese formidable poeta an3nimo que se llama el pueblo espa3ol, resucitaba y se sublimaba en manos de un gran poeta como en siglos pret3ritos dijera primores traduciendo en su breve verso asonantado el alma ardiente de Lope de Vega, f3nix de los ingenios, monstruo de la naturaleza y aut3crata de la monarqu3a c3mica, o la inteligencia armoniosa de don Luis de G3ngora y Argote, divino angel de las tinieblas.

No hab3a en el poeta un retorno a lo antiguo, como suele decirse cuando se trata de definir la tendencia literaria de quienes recurren a las formas tradicionales para verter su po3tico estremecimiento. Creo que en los aut3nticos poetas no hay nunca,

ni voluntaria ni involuntariamente, un retorno a lo antiguo. Hay, sencillamente, amor o despego por ciertas estructuras estróficas o combinaciones rítmicas para expresar su intimidad lírica y nada más. Ahora, que el que es poeta de verdad le da a su verso un acento sienpre nuevo. Algo que, siendo de ayer, es de hoy y puede acaso—y sin acaso—ser de mañana.

Veamos el romance de Santa Olalla. Asistimos al martirio:

Flora desnuda se sube
por escalerillas de agua.
El Cónsul pide bandeja
para los senos de Olalla.
Un chorro de venas verdes
le brota de la garganta.
Su sexo tiembla enredado
como un pájaro en las zarzas.
Por el suelo, ya sin norma,
brincan sus manos cortadas
que aún pueden cruzarse en tenue
oración decapitada.
Por los rojos agujeros
donde sus pechos estaban
se ven cielos diminutos
y arroyos de leche blanca.
Mil arbolillos de sangre
le cubren la blanca espalda
y oponen húmedos troncos
al bisturí de las llamas.
Centuriones amarillos
de carne gris, desvelada,
llegan al cielo sonando
sus armaduras de plata.
Y mientras vibra confusa
pasión de crines y espadas,
el Cónsul porta en bandeja
senos ahumados de Olalla.

Penetremos en el infierno y gloria
de Olalla:

Nieve ondulada reposa.
Olalla pende del árbol.
Su desnudo de carbón
tizna los aires helados.
Noche tirante reluce.
Olalla muerta en el árbol.

Tinteros de las ciudades
vuelcan la tinta despacio.
Negros maniquíes de sastrero
cubren la nieve del campo
en largas filas que gimen
en silencio mutilado.
Nieve partida comienza.
Olalla blanca en el árbol.
Escuadras de níquel juntan
los picos en su costado.
Una Custodia reluce
sobre los cielos quemados,
entre gargantas de arroyo
y ruiseñores en ramos.
¡Saltan vidrios de colores!
Olalla blanca en lo blanco.
Angeles y serafines
dicen: Santo, Santo, Santo.

No era difícil adivinar el triunfo de esta poesía, verdadero ramo de oro que venía a florecer tras la busca impaciente y frenética de un nuevo estremecimiento poético. Lamenté entonces no conocer la obra anterior del poeta, pues era seguro que no se trataba de un primer libro que colocaba de golpe a su autor entre los más egregios poetas de España. Y ahora la *Revista de Occidente*, con su acostumbrada pulcritud editorial, publica en segunda edición el libro de García Lorca que reúne su obra poética de 1921 a 1924 (1). *Romancero Gitano* comprendía la labor de 1924 a 1927. En ambos libros, movido el poeta por idéntico anhelo de perfección, los poemas habían esperado que se cumpliera en ellos una grávida madurez antes de salir a correr su aventura por el mundo.

Y aunque hemos hecho al revés nuestro viaje por este orbe poético el experimento no nos ha desengañado.

(1) *Canciones*. Revista de Occidente. Madrid, 1929.

Conocimos primero al hijo menor del ingenio de García Lorca—hijo menor que paradójicamente es el mayor—. Y ahora, al conocer al mayor—que paradójicamente es el menor—, advertimos el inconfundible aire de familia que nos hace, una vez más, agradecer al poeta su don de poesía. En *Canciones*, obra llena de graciosas excelencias, está preformado el poeta completo de *Romancero Gilano*.

En su *Canción de las siete doncellas*, que abre el libro, hace el poeta su teoría de los colores:

Cantan las siete doncellas.

(Sobre el cielo un arco de ejemplos de ocaso.)

Alma con siete voces las siete doncellas.

(En el aire blanco, siete largos pájaros.)

Mueren las siete doncellas.

(¿Por qué no han sido nueve?
¿Por qué no han sido veinte?)

El río las trae.
Nadie puede verlas.

Es una poesía elíptica, en esquema. El anuncio de un gran poeta. Adivino en ese aire de juguete maravilloso el acento de la poesía infantil del porvenir. Más acentuado todavía en la *Canción tonta*, donde hasta el título es un hallazgo, que es para mí una maravilla de sencillez y de gracia:

Mamá,
yo quiero ser de plata.

Atenea—42

Hijo,
tendrás mucho frío.

Mamá,
yo quiero ser de agua.

Hijo,
tendrás mucho frío.

Mamá,
bórdame en tu almohada.

¡Eso sí!
¡Ahora mismo!

¿Demasiado sencillo? Tal vez. Y sin tal vez. Pero sin un asomo de vulgaridad. Creo que este tono de balbuceo y de ingenuidad es el que conviene a la poesía de los niños tan desdeñada hasta hoy por los poetas auténticos. Quienes, menos afortunados, han intentado acercarse al alma infantil usando la expresión poética han empezado por ponerse al servicio de la pedagogía, de la moral y hasta (¡horror!) de la filosofía. Naturalmente que de una filosofía convencional y rastrera que no tiene nada de filosofía. Creyéndose poetas se han acordado de todo menos de la poesía. En García Lorca advierto el comienzo de una reacción favorable. Creo que puede ser el gran poeta de los niños de habla española. Otro buen poeta, Rafael Alberti, ha hecho también ensayos afortunados en su *Marinero en tierra*.

Pero no penetremos al tema, tan sencillo y tan difícil, de la poesía infantil, que merece por sí solo un capítulo aparte, y sigamos en el libro inicial de García Lorca.

¿Hemos dicho ya alguna vez que Juan Ramón Jiménez es el pálido príncipe de la nueva poesía española? No está de más repetirlo. Y mostrar

al poeta de las *Pastorales* como el ejemplo admirable de un alma en constante fervor de renovación y poesía. Cuando encabezó Darío el movimiento pintorescamente apodado modernista, Juan Ramón Jiménez fué de los primeros en oír su llamado. Villaespesa, que entonces era poeta, fué su amigo íntimo y su hermano en estéticos anhelos. Tan joven como entonces, Juan Ramón Jiménez preside tácitamente el grupo más inquieto e inteligente de los nuevos poetas de España. Porque ya no es un escándalo que los poetas sean inteligentes.

García Lorca hace de él un bello retrato con una sombra de Venus. El retrato:

En el blanco infinito,
nieve, nardo y salina,
perdió su fantasía.

El color blanco, anda,
sobre una muda alfombra
de plumas de paloma.

Sin ojos ni ademán
inmóvil sufre un sueño.
Pero tiembla por dentro.

En el blanco infinito,
¡qué pura y larga herida
dejó su fantasía!

En el blanco infinito.
Nieve. Nardo. Salina.

La sombra de Venus:

La joven muerta
en la concha de la cama,
desnuda de flor y brisa
surgía en la luz perenne.

Quedaba el mundo,
lirio de algodón y sombra,
asomado a los cristales
viendo el tránsito infinito.

La joven muerta,
surcaba el amor por dentro.
Entre la espuma de las sábanas
se perdía la cabellera.

No menos bellos son los retratos de Verlaine con sombra de Baco y de Debussy con sombra de Narciso. Seguiríamos hablando de la poesía de García Lorca y citando sus versos si no recordáramos que, por desgracia, de lo único que se trata por ahora es de hacer una breve nota informativa. Pero no terminemos sin subrayar el milagro que, por su estética virtud, alcanza esta poesía: mientras los públicos de España y América —tal vez más los de América que los de España— agotan las ediciones de sus libros, un grupo tan de minoría como el de Paul Valery publica en su revista literaria en una buena traducción francesa algunos de los mejores romances de García Lorca.—
Roberto Meza Fuentes.

EL ALMA NUEVA DE LAS COSAS VIEJAS
por *Alfonso Cravioto.*

El Excelentísimo señor Alfonso Cravioto es Embajador y mexicano. *Ergo*, no haremos un diagnóstico errado si decimos, también, que es un poeta. Amado Nervo tenía tiempo en sus vagares diplomáticos por Europa y América de afinar su canto prístino que, en la última época de su vida, de puro diáfano se fué tornando inmaterial. González Martínez, entre nosotros, en la Argentina, en España, ha esculpido con paciente sabiduría su canto de mármol. Alfonso Reyes, en París, en Madrid, en